

## Genio y figura de la ciudad ausente

Por Armando Romero Lozano

Espero que los benévolos lectores de éste, que con más amplio desarrollo pudiera ser un estudio, se conformen con lo que les ofrece la expresión proverbial, suavemente censoria, que le sirve de título. No sé qué desapacible disposición de mi ánimo, que parece corresponder a un contacto frecuente con las realidades más desfavorables del conflicto vital, me inclina, desde luego, a considerar en los actos humanos ese límite obscuro, esa ingrata sombra que la culpa original dibujó en ellos, recortándolos en un molde de justicia donde apenas caben expresiones muy mitigadas de glorificación o ensalzamiento. Esta criatura vacilante, de que habla con severa elocuencia Pascal, perpleja entre dos infinitos que la circuyen: lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, igualmente sabedora de que es algo y que no lo es todo, cuántos motivos y argumentos encuentra en torno suyo y dentro de sí misma para engañarse acerca del valor de sus propias acciones. Por este paso, brotaría la sospecha en quienes me escuchan de que honor tan eximio como el otorgado a la ciudad que me bautizó con sus aguas, inspírame sólo juicio despectivo, nota denigrante o cuando menos, un gesto de inoportuna reticencia. Si el nombre de cristiano, título falaz para quien no lo entienda como signo de egregia categoría en el orden del espíritu, no me obligase a purificar con nobles intenciones mi palabra, serían suficientes las exigencias de un elemental decoro para quitarle a eso de Genio y figura el sentido vituperable que no procede sino del tono un tanto zumbón con que esa frase familiar se pronuncia. Y es justamente lo familiar y casi confidencial del acento el único matiz en que armoniza el esbozo de la Ciudad Ausente con la cariñosa designación que le antepuse. Este concurso de solemnes circunstancias que, de pronto, han venido a sacudir el quieto remanso de la brisa donde se apacentaba memorioso silencio, está reclamando numen prestigioso que dignamente, con voz erguida y mul-

tisonora celebre y loe los esplendores del hecho magnificado. Pero la ingénita complexión, el testamento, la fuerza del hábito, en suma, el genio y figura de la ciudad desafinaría expresándose en tono distinto del apaciguado y discreto que apenas sube un punto sobre la plática cotidiana. Y a este empeño de simplicidad deliberada pudiera servir de apoyo una consideración no menos trivial: Las aves del cántico, que el Genio de la lengua ensayó definir llamándolas "pequeños y pintados pajarillos de harpadas lenguas", forman especies y llevan nombres que muchas veces no rebasan el ámbito de una comarca y cuyas sílabas engarzó con gracia pastoril, remota ciencia de armonía imitativa. Un prejuicio aposentado en el transplante de ajenas culturas prohíbe usar esos nombres fuera del recinto doméstico donde surgen y desaparecen al vaporoso correr de ordinario colokuio. Esos seres humildes ligados perennemente a la memoria por la evocadora resonancia de sus trinos, esconden avergonzados la cándida nomenclatura bajo el prurito de vanidad que sólo cree dignas de mención las aves celebradas por la lira convencional de los poetas: el ruiseñor, la golondrina, el cisne y el cuervo. ¿Qué menoscabo de la mente puede traernos reprimir el interés con que recibimos formas de belleza refinadas y exóticas, convirtiéndolo a esas trémulas gargantas cuyos dueños condensan en la cifra vivaz y melódica de sus nombres de pila todo el confín de su delicada existencia? Ahora mismo, la más recatada fantasía quisiera congrega esas aligeras lenguas del alba para que puestas en primoroso concierto de colores entonasen sobre la hiedra de la Ermita Milagrosa el himno de sencillo alborozo con que la vieja fábrica cedió su joya única, regalo divino de las aguas al monumento grandioso de la piedad colectiva. Así como esas voces valen tanto como las de otras aves evocadas por el Arte más exquisito, con la ventaja de que las hemos oído, enriqueciendo con ellas nuestra vida emocional, así puede resultar de oportuno provecho una cadena de ideas y principios, nada nuevo, de fácil comprensión y universal sentido; pero que he visto palpablemente fecundados en el seno de nuestra historia local, si se la mira en su actividad entrañable y simbólica.

No es la estructura de la Basílica de los Milagros un monumento que sorprenda y enajene de tal modo que haga concebir la Belleza como exaltación de vida superior. No tienen sus líneas el ímpetu místico, la sugestión inefable que hace de las Catedrales góticas, vivas oraciones de piedra

en que el Espíritu de una Edad encarna y se desenvuelve por entre curvas de audacia prodigiosa que buscan en su vuelo vertical el abrazo del infinito. No. La severa armazón del templo románico, el contenido empuje de sus bóvedas, la sólida estribación de sus contrafuertes, la simétrica estrechura de sus naves, y la grave mirada de sus arcos de medio punto, producen, en sólida conformidad de partes, una impresión de solemnidad y fortaleza que ilustraría la definición de lo Bello si se le concibe solamente como es, esplendor y magnificencia del orden. Y como el orden contemplado causa sosiego y un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden esencialmente constituye la paz, la imagen de esta obra imponente concuerda con la que del Cielo estrellado nos ofrece Fray Luis de León para describirnos figuradamente la paz concebida como sosiego en el orden. "¿Qué otra cosa es, sino paz— declara e inspirado agustino, —esto que ahora vemos en el cielo que con tanto deleite se nos viene a los ojos? Adonde el ejército de las estrellas puesto como en ordenanza y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo y adonde cada una de ellas guarda invariablemente su puesto, adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina ni la turba en su oficio, ni menos alvidada del suyo, rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia; antes como hermanadas todas y, como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores, con cierta manera se reverencian unas a otras, y todas juntas templan a veces sus rayos y virtudes, reduciéndolas a una pacífica unidad de virtud, de partes y aspectos diferentes, compuesta, universal y poderosa sobre toda manera".

Pero estas dos diversas imágenes de orden sosegado, la de piedra y la de luz, tienen la virtud maravillosa de suscitar en el ánimo de quien las contempla movimientos de paz que le van quietando las vanas afecciones que le traían turbado el pecho, aquellas perturbaciones incidentes que se indican en la imitación de Cristo como demoras y rodeos en el camino de perfección interior que todos deben trazarse.

Y con sólo ahondar un poco aparecen, diversificados, los tres estados pacíficos del hombre, pero también enlazados estrechamente. La paz consigo mismo es fuente y principio de la paz con Dios que consiste en evitar las ocasiones de mudanza con El a que nos empujan las pasiones; y de esas dos paces procede la paz con los demás que se origina en el desvío de lo bienes precederos a que tienden los hombres; pues, no habiendo codicia, cesa la razón del conflicto.

Todo ello se arregla tal como en los Nombres de Cristo se pinta, diciendo que así como la cuerda en la música, debidamente templada en sí misma, hace música dulce con todas las demás cuerdas sin disonar con ninguna; así es el ánimo, bien concertado dentro de sí, y que vive sin alboroto, y tiene siempre en la mano la rienda de las pasiones y de todo lo que puede mover inquietud y bullicio, consueña con Dios y dice bien con los hombres y, teniendo paz consigo, la tiene con los demás.

Donde es de advertir cuán raro y difícil para el cristiano, que vive sumergido en la voluptuosa esplendidez de la naturaleza tropical, es obtener de la sencilla contemplación del paisaje una lección como la que propuso el Monje Poeta en las riberas del Tormes. Paseándose también sobre la hierba, seducida por los tibios favores de una luna de agosto, qué tarea excusada parecerá a ese cristiano nuestro, cobrar el tino y memoria perdida de su origen primero y, ante la muda tranquilidad de los árboles, que no son sino masas de sombra sobre el fondo lácteo de la esfera, elevar sus pensamientos hasta Dios, reconociéndolo como autor y dueño de tan sorprendente y siempre renovado espectáculo. Acostumbrados únicamente a que la Naturaleza nos procure simples sensaciones de bienestar, que apenas exciten nuestra sensibilidad desordenada, traer a cuento la idea de Dios, por ejemplo, en una noche de verano se nos hace importuna y enojosa desviación, desagradable apartamiento del efímero goce. ¡Cuán difícil al cristiano volver los ojos a Dios! Cree que repetir maquinalmente su nombre basta para satisfacerlo. Por eso no hallo atrevido, pensar que así como hemos decorado piadosamente los lugares de nuestra vivienda con imágenes debidas a mano de artífice, que representan o favores o ministros del Sumo Poder, y los actos de devoción parecen circunscribirse a esas figuras benditas; así debiéramos hacer también del recinto natural de las cosas un templo donde prosternarnos en horas escogidas, a orar ante las imágenes luminosas del Amor indeficiente; pues la generosa ofrenda de los cielos, la trémula caricia de los astros, la majestad de las sombras, el sortilegio de los prados, reflejos y vislumbres son del poder Divino, obras devotas de Dios que debieran tener, a los ojos del cristiano, mayor valor litúrgico que el de las estampas y los signos consagrados. La reproducción del árbol de la Cruz es la única forma irreductible a esa equivalencia mística. Y no hay peligro de derivar hacia el panteísmo asolador en un acto

de culto espontáneo y ocasional como el propuesto; porque justamente la contemplación de las obras de Dios nos impone la distinción entre el Creador y la criatura; no vamos a adorar las cosas en sí como encarnaciones de la Deidad sino como obras de un artífice soberano que nos las brinda como apoyo de los sentidos para ascender por la escala de la contemplación hasta el trono donde el Señor y dueño de los seres rige los seres que su mano produjo.

No sabríamos justipreciar los beneficios de la paz, la triple conformidad del alma, sin el reconocimiento de tremendas realidades que no siempre viven en la memoria. La primera es que nuestro paso por el mundo es arte militar y de guerra, como dijo el anteclásico, y que la paz, en cualquier sentido, es hija de la guerra y fruto de la victoria. La paz permanente no existe, pues sería el estado perfecto imposible de alcanzar bajo el límite de las constelaciones. El hombre pacífico no es el holgazán despreocupado. La calma interior y externa no logra mantenerse sin un asiduo ejercicio de vigilancia y un desvelado servicio de policía de fronteras. Y ¿qué enemigos son esos que amenazan hora a hora, la integridad de nuestro reino? Hasta risa causa ya en el propio mundo cristiano denunciar esa segunda realidad, no menos pavorosa que necesaria y evidente; la condenación eterna que reparte las criaturas racionales y responsables en la tremenda lista de los elegidos y de los réprobos. No tan extrema y cerrada, sin embargo, que no nos haga pensar— y qué pensamiento tan abrumador— que los que parecen dados al mal, acaso habían sido elegidos antes que los demás, y la profundidad de su caída, da la medida de una vocación traicionada. No existirían bienaventurados si no hubiesen vencido su capacidad de condenarse; se pierden los que hubieran podido convertirse en santos. En cambio, muy consolador es reconocer que entre el alma de un niño y la de un pecador arrepentido no existe más diferencia que algunas cicatrices.

Pero el dogma de la condenación eterna se corrobora y completa con la creencia en el Demonio. Se puede, sin riesgo, asegurar que la mayoría de los Cristianos de hoy se olvidan del Demonio, dudan de su existencia y, hasta sin expresa declaración de herejía, han perdido la fe en el Demonio como Ángel Caído. Fácil es deducir de esta crisis dogmática este desfallecimiento moderno del sentido de la responsabilidad ultraterrena y la actitud de muchedumbre de católicos, aun católicos cultos, que demuestra cierto afán por

tender un velo sobre la idea de penas irremediables, pasando de largo como para no tener que confesarla. De aquí nace que se tenga por un sér ridículo el primer enemigo del hombre y que sus manifestaciones y actividades en el mundo de la prueba merezcan el desprecio para los unos y el ansia de extirpación por la violencia física que abrigan los espíritus apasionados. Así, pues, los errores, los cismas, las herejías no son objeto de comprensión o estudio de parte de los fieles, sino de menosprecio, indiferencia o aplicación inconsulta del rigor coactivo. No. El Demonio no es un pobre diablo. Es un señor muy bien. Es un ángel caído cuyas peligrosas luces y astutos ardidés hay que conocer para poderlos combatir, oponiéndoles la luz y las armas de la Verdad inexpugnable.

El infierno comienza desde esta vida. Todo lo que perdemos por nuestra culpa y las desventuras que a la larga nos acarrearán nuestras insensateces y desvíos, nos han labrado un lugar de suplicios en el tiempo, que se continúa en la eternidad. Hasta cierto punto Fray Luis de Granada sale a confirmar este supuesto cuando dice en la tercera parte de la Guía: De suerte que así como los bienes tienen en esta vida un paraíso y esperan otro, y de un sábado van a otro sábado que es de una holganza a otra holganza, así los malos tienen en esta vida un infierno, porque del infierno de la mala conciencia pasan al infierno de la pena.

Difícil tarea, pues, conservar el arreglo íntegro de que hablamos, especie de disciplina y preparación para poder disfrutar de la paz gloriosa de los ángeles. La guardia y cuidado de ese templo corren a cargo de las virtudes menos ostentosas: la Prudencia y la Templanza. Y cuán dificultoso levantar la bandera de la paz cristiana y el orden católico en medio de los disturbios y tempestades del siglo, sabiendo que la única solución de los conflictos está en el justo medio entre viciosos extremismos, que no es el término medio fácilmente reducido a cobardía o compromiso, villano avenimiento y fácil acomodo; sino la justicia, la esquivada equidad que a cada uno da según su medida.

La tarea del hombre victorioso contra los poderes demoníacos hace de la paz una creación continua, como llamó un estadista francés la de Versalles. Quiere decir que el reglamento de cuentas impuesto por el vencedor a las pasiones vencidas exige de aquél, para la eficacia del cobro, no una suspensión sino una perseverancia en la tensión de sus energías, no el reposo de la seguridad recobrada sino la ac-

tividad de la desconfianza siempre despierta. El enemigo no está aniquilado y vive alerta. Esta creación continua de la paz, si la queremos durable, implica una economía nacional de nuestras fuerzas y desde luego, su evaluación exacta. El orgullo, que la victoria imprime a los buenos, tiene el derecho de ser alegre y altivo. Pero tiene el deber de ser precavido y serio. Para que sea fecundo es preciso acompañarlo en cada uno de nosotros, de un examen de conciencia general. Consiste en recapitular sin tregua en nuestro espíritu esos años de servidumbre, ese oprobioso cautiverio de Babilonia y preguntarnos cómo el espíritu logró vencer, en qué puntos se hallaba inferior y por qué y en qué puntos superior y por qué.

Los pueblos, como los individuos, las ciudades, como las almas, vienen destinados a una misión personal, intrasmisible, que, a veces, asume caracteres de apostolado. Hay también vocación de los pueblos, determinada por factores físicos e históricos y sujeta, como el llamamiento religioso, a las vicisitudes del carácter, a los caprichos de la voluntad caída. No descubrir su propia vocación, contrariar su vocación, errar su vocación para los pueblos encierra la desgracia máxima, como para los individuos; pavoroso problema comprendido en esa cuestión gravísima que obedecerá la curmiosidad angustiosa del corazón y de la mente: como se concilian la gracia y el albedrío.

Esta ciudad nació marcada con el signo de la incertidumbre. Anda buscando sitio seguro donde reposar su inquietud conquistadora desde mediados del dieciséis. No halló refugio ni en la frigidez del páramo ni en el ardor de la llanura. Una eufónica falange de duros navarros, austeros castellanos y soñadores andaluces, logran sujetarla a la cintura de un río de liviana corriente. Juan de Aguilar, Hernando Arias de Saavedra, Fray Vázquez de Losa, Rodrigo Díez de Fuenmayor, Juan de Meza y Metanzos, Estaban Sánchez de Lorranza, Beltrán de Unzueta, Luis Velásquez Rengifo, Melchor Velásquez de Valdenegro, sílabas de heroico romance, timbres arrogantes de hidalguía levantisca, testaruda y piadosa, ceniza de huesos fatigados de gloria, ceniza que aventó sobre la tersura del aire un secreto de inquietud, desasosiego y displicencia. En 1587 la ciudad vuelve a ausentarse de sí misma, sus pobladores abandonan callandito las estancias de pan llevar, y fue menester la regia provisión de don Felipe II, el Prudente, para devolver a las vegas del Guadalajara, enverdecidas de sauce y olorosas a chi-

minango, la hureña silueta de sus escurridizos fundadores. A principios de la centuria fatal para la gloria de los Austrias, comienza la criollización de la villa en las pilas bautismales de sus cuatro iglesias y aparece ya encendida la lamparilla de la devoción fuerte y creadora, única lumbre de perseverancia que la ciudad alimenta: En dos siglos, no cooperó Buga en los ruidos de la Historia sino con equívocos rumores de silencios. ¿Había paz en los espíritus? Empacado porte de señorío celaba pasiones lugareñas, desahogadas en incesante cabildeo. Al acercarse la era de las tormentas revolucionarias, la ciudad acentúa más y más los rasgos entre campesinos y urbanos de su pálida fisonomía. Unidas en el tiempo, se mecen las cunas del homérico leñador corso y, acá, la del mancebo, sembrador de pan, que esculpió su nombre con caracteres de proeza y martirio en el blasón de la ciudad, confiada a sus empeños. Surge, pues, el renuevo de asturiana cepa, destinado por vocación de alturas a ser el árbol simbólico de nuestra campiña. Estudiante juicioso y tierno, se deja seducir por la sirena de las Galias que le compulsa por los mares al destierro creador, entre pesadumbres, miserias, desengaños y compensaciones de amor y sabiduría. Apura en la Francia de Voltaire los filtros de la despreocupación filosófica que amengua su doméstica ternura y su bugueña piedad. En 1809, la voz prodigiosa y presagiosa de Caldas anuncia por los cuatro vientos del Virreinato: Don José María Cabal acaba de llegar de Europa... Viene cargado de herbarios y proyectos, promesas y volúmenes, ambiciones y semillas. De pronto, sin saberse cómo ni cómo no, José María Cabal y Barona va a estrujar su inquietud renovadora por entre los mayales de "El Hatico".

Vientos huracanados de Occidente cuyo soplo había aprendido a delectar sobre las rodillas de Lutecia, le arrancaron su blusa de trapichero. Tres veces entra libertador en el alma mater de su candor adolescente: Popayán, radioso de sabios escudos. Dotes insólitas de organizador levantan al caballero de Buga sobre el pavés de la victoria, y de camino en camino, de breña en breña, rebricando ríos y desbrozando selvas de incomprensión y de bejuco, por sus pasos contados vino a caer, frustrada, la óptima promesa de Buga bajo el hacha irónicamente pacificadora y sobre el blasón de su aldea soberbia; el olvidado Crucifijo de los Milagros.

Medio siglo después, un severo religioso de Suiza, el infatigable caballero del Redentor, Alfonso Aufderreggen,

recorría de nuevo los mismos caminos del general Cabal, en son de libertad, en guerra de emancipación del yugo de las tinieblas. Ya lo vemos en Buga, ora en Cali, en Popayán, en Piendamó, atravesando los ríos heroicos de nuestro Cauca Grande y ganando, con la espada del crucifijo, las comarcas que José María Cabal y Barona conquistó para la libertad política del criollo y la dignificación de todos los americanos. Así como Dios cierra en tarde de lluvia su círculo de colores, su vieja cinta de paz, en torno a la ceiba del potrero, la rústica Ermita sirvió de núcleo a una misión redentora que le ha mantenido los colores del emblema bíblico sobre la frente de la inmortal espadaña.

Y de las entrañas de la tierra, fuertemente abonada en jugos de ausencia, de ausencia purificada por la piedad activa, salió de sí, salió a los cielos, ausente de las sombras el espíritu de la ciudad, hecho carne de piedra bermeja, como austera invitación a elevar más alta que su cúpula, más alta que la flecha que recoge tempestades diabólicas, la arquitectura de nuestro Espíritu, labrado y tallado en paz de justicia y de templanza, limpio de abandonos inoportunos y retiradas funestas. Roma hincó su siglo en el flanco de la torre para corroborar la tradición como punto de partida y no de término para las campañas proceras de la cruz donde sólo están ausentes la vulgaridad y la desidia.

**ARMANDO ROMERO LOZANO**  
Doctor en Filosofía y Letras de  
este Colegio Mayor.